



JUSTICIA SELECTIVA

EL "CUAU": DE ÍDOLO A LA IMPUNIDAD

GABY SALIDO

Cuauhtémoc Blanco Bravo, el célebre ex-futbolista y exgobernador, es hoy un Diputado Federal cuya presencia en la Cámara baja simboliza el menosprecio por el mandato popular y la degradación de las instituciones.

Su reciente escándalo no es un simple error; es un acto de irresponsabilidad pública.

La polémica se dio en una sesión remota de la Comisión de Presupuesto, encargada de la sensible tarea de elaborar dictámenes para la asignación de recursos públicos.

En plena discusión sobre la Ley General de Aguas, el Diputado Blanco activó brevemente su cámara y su micrófono. La imagen que apareció era él, no en una oficina, sino en una cancha de pádel, con los ruidos del juego de fondo, pidiendo que se le contara la asistencia.

Cuando se le preguntó por el sentido de su voto, simplemente se desconectó.

Aunque el exgobernador intentó justificar el incidente alegando que practicar pádel era una "prescripción médica" por un problema cardíaco, el argumento no hace más que exacerbar la indignación.

No se le critica por hacer ejercicio, sino por intentar cobrar una asistencia y votar en una de las comisiones más cruciales del país mientras ejercía una actividad recreativa.

El incidente de la "sesión de pádel" es la metáfora perfecta del legislador ausente.

El recorrido político de Blanco, desde una Gubernatura de Morelos marcada por la violencia desbordada, la opacidad financiera (con señalamientos de desvíos de más de 2,500 millones de pesos) y la sombra de presuntos nexos con el crimen, culminó en un cómodo puesto plurino-

minal por Morena.

El actual sistema político mexicano permite que la popularidad funcione como un escudo de impunidad.

El fracaso en la seguridad y las acusaciones de corrupción en Morelos no solo no le costaron su carrera, sino que le otorgaron un nuevo cargo, bajo el cobijo del fuero.

El incidente del pádel no es un chiste; es una llamada de atención sobre la urgente necesidad de establecer estándares de idoneidad y ética.

El llamado "Cuau" es un símbolo de la impunidad y la frivolidad, y solo una acción contundente puede demostrar que el servicio público es todavía un espacio de deber, y no un costoso refugio para ídolos con demasiadas cuentas pendientes.

El silencio institucional que lo arroja es particularmente indignante si se consideran las graves acusaciones de acoso sexual y la imputación por intento de violación que, según diversos reportes, se han levantado en su contra.

Que un funcionario con señalamientos tan lacerantes de violencia de género pueda evadir el escrutinio judicial y, peor aún, ocupar una curul privilegiada, exhibe una profunda complicidad del sistema. Estas imputaciones, demuestran que el problema de Blanco es de fondo: una alarmante falta de respeto a la ley y a la dignidad de las personas.

El caso Blanco, desde su indolencia en el pádel hasta la oscuridad de las denuncias en su contra, obliga al Congreso a definirse. La impunidad con la que el exgobernador ha navegado de un cargo a otro, ignorando la justicia y mofándose del decoro, convierte su curul en una ofensa moral.

Cuauhtémoc no es solo un mal administrador o un legislador ausente; es el símbolo más palpable de cómo la fama y los favores políticos pueden pisotear los derechos humanos y la ley.

Si el Congreso no actúa con firmeza y sanciona de manera ejemplar esta falta de respeto institucional, estará validando que el servicio público es un mero club de recompensas para celebridades, sin la menor exigencia de profesionalismo. La dignidad de la Cámara está en juego.